

Blondet.—Aun va á pedir que le levanten una estatua, cual si fuera un bienhechor de la humanidad.

—Sería preciso llevarle á deducir que el dinero de los tontos es por derecho divino patrimonio de las gentes de talento—dijo Blondet.

—Señores—repuso Couture,—riámonos aquí, para desquitarnos de la seriedad que tenemos que guardar en otra parte, cuando oigamos hablar de las respetables sandeces consagradas por las leyes hechas de improviso.

—Tienes razón—dijo Blondet.—Señores, qué tiempo este en que tan pronto como aparece el fuego de la inteligencia, se le extingue mediante la aplicación de una ley de circunstancia. Los legisladores, salidos casi todos de un pequeño distrito donde han estudiado la sociedad en los periódicos, procuran encerrar el fuego en la máquina, y cuando la máquina salta, entonces vienen los llantos y los rechinamientos de dientes. Un tiempo en que sólo se dictan leyes fiscales y penales. ¿Queréis oír la gran frase que resume lo que ocurre hoy? Es ésta: *Ya no hay religión en el Estado.*

—¡Ah!—dijo Bixiou.—¡Bravo, Blondet! has puesto el dedo en la llaga de Francia, la fiscalización, que ha quitado más conquistas á nuestro país que las vejaciones de la tierra. En el ministerio donde yo estuve siete años, había un empleado, un hombre de talento que había resuelto cambiar todo el sistema de la administración, pero ¡oh! nosotros le dimos una buena batida. Francia sería demasiado feliz, se habría divertido en reconquistar la Europa y nosotros hemos trabajado por el reposo de las naciones. Yo maté á aquel Roubourdin con una caricatura (véase *Los Empleados*).

—Cuando yo pronuncio la palabra religión, empleo la palabra en su acepción más elevada—dijo Blondet.

—Explícate—dijo Finot.

—Hélo aquí—dijo Blondet.—Se ha hablado mucho de los sucesos de Lyon, de la República cañoneada en las calles y nadie ha dicho la verdad. La República se había apoderado de la sedición como se apodera un insurrecto de un fusil. El comercio de Lyon es un comercio sin alma, que no fabrica una bola de seda sin que se la hayan encargado y cuyo pago sea seguro. Cuando cesan los encargos, el obrero se muere de hambre; apenas gana para vivir trabajando, y resulta que los forzados son más felices que él. Después de la revolución de Julio, la miseria llegó hasta el punto de que

el pueblo levantó la bandera ¡*Pan ó la muerte!*, que es una de esas proclamaciones que el gobierno hubiera debido estudiar y que era producida por la carestía de la vida en Lyon. Lyon quiere construir teatros y convertirse en una gran capital, siendo esto origen de insensatos impuestos. Los republicanos olieron que la revolución sería engendrada por el hambre y organizaron á los obreros de las fábricas de sedas, los cuales se batieron por partida doble. Lyon tuvo sus tres días; pero volvió á imperar el orden y el obrero en sedas se retiró á su tugurio. El obrero de sedas, probó hasta entonces, convirtiendo en tela la seda que le pesaban, abandonó su probidad al considerar que los negociantes le explotaban y se puso aceite en los dedos: devolvió en tela el mismo peso que le habían dado en seda, pero vendió la seda representada por el aceite, y el comercio de sederías francesas fué infestado de telas de seda manchadas de grasa, lo cual hubiera podido producir la pérdida de Lyon y de una rama del comercio francés. Los fabricantes y el gobierno, en lugar de atajar la causa del mal, obraron como ciertos médicos, empleando un violento tópico para hacerla desaparecer. Era preciso enviar á Lyon una persona hábil, una de esas gentes á quienes se llama inmorales, un abate Terray; pero se echó mano del elemento militar. Las revoluciones produjeron, pues, la seda de Nápoles á dos francos la vara. Estas sedas de Nápoles se venden hoy, y los fabricantes han inventado sin duda no sé qué medio de comprobación. Este sistema de fabricación, tenía que presentarse necesariamente en un país donde Ricardo Lenoir, que es uno de los ciudadanos más grandes que ha tenido Francia, se arruinó por haber dado trabajo á seis mil obreros, sin tener encargos previos y por haber encontrado ministros bastante estúpidos para dejarle sucumbir en la revolución que se operó en el precio de los tejidos el año 1814. Hé aquí el único caso en que el negociante merece una estatua. Ahora bien, aquel hombre es hoy objeto de una suscripción sin suscriptores, mientras que se ha dado un millón á los hijos del general Foy. Lyon es consecuente; conoce Francia, donde no se alberga ningún sentimiento religioso. La historia de Ricardo Lenoir, es una de esas faltas que Fouché juzgaba peores que un crimen.

—Si en la manera como se presentan los negocios hay un tinte de charlatanismo, yo os pregunto dónde comienza y

dónde acaba el charlatanismo, lo qué es el charlatanismo — repuso Couture reanudando el relato en el punto en que había sido interrumpido. — Haced el favor de decirme quién no es un charlatán. Vamos á ver, un poco de buena fe, que es el ingrediente social más raro. El comercio que consistiese en ir á buscar por la noche lo que se vendiese durante el día, sería un contrasentido. Un vendedor de cerillas tiene el instinto del acaparamiento. Acaparar la mercancía es el pensamiento lo mismo del tendero más virtuoso de la calle de san Dionisio, que del especulador más desvergonzado. Cuando los almacenes están llenos, es necesario vender. Para vender, hay que animar al parroquiano, y de aquí el rótulo de la Edad Media y el prospecto de hoy. Entre llamar al parroquiano y obligarle á entrar y á consumir, no veo la diferencia de un pelo. Puede ocurrir, debe ocurrir y ocurre frecuentemente que muchos comerciantes toman mercancías averiadas, pues el vendedor engaña incesantemente al comprador. Ahora bien, consultad á las gentes más honradas de París, á los comerciantes más notables, y todos os contarán triunfalmente el engaño que inventaron para despachar una mercancía cuando se la dieron mala. La famosa casa Minard empezó con ventas de este género. Los negociantes más virtuosos os dicen con el aire más cándido esta frase, que supone la improbidad más descarada: «Cada uno sale del paso como puede.» Blondet os ha hecho ver los sucesos de Lyon en sus causas y en sus consecuencias, y yo voy á la aplicación de una teoría por medio de una anécdota. Un obrero en lana, ambicioso y plagado de hijos, cree en la República. Mi hombre compra lana roja y fabrica esos gorros de lana que habréis visto en la cabeza de todos los pilluelos de París, ya sabréis por qué. La República fué vencida. Después del suceso de Saint-Merri, los gorros eran invendibles. Cuando un obrero se encuentra en su hogar con mujer, hijos y diez mil gorros de lana roja que los sombrereros no quieren ni á tiros, se le ocurren tantas ideas como al banquero que tiene que colocar diez mil acciones de un negocio que no le inspira confianza. ¿Sabéis lo que hizo el obrero, aquel Law de arrabal, aquel Nucingen en gorros? Se fué á buscar á un chulo de taberna, á uno de esos gallitos de las barreras, y le rogó que representase el papel de capitán americano y que le fuese á pedir diez mil gorros de lana roja á un sombrerero rico,

que aun tenía uno en su escaparate. El sombrerero cree hallar un negocio con América, corre á casa del obrero y compra al contado los gorros. Ya comprenderéis que después de esto se acabó el capitán americano, aunque hubo un cambio de muchos gorros. Atacar la libertad comercial á causa de estos inconvenientes, sería lo mismo que atacar la justicia so pretexto de que hay delitos que no castiga, ó acusar á la sociedad de estar mal organizada á causa de las desgracias que engendra. De los gorros y de la calle de san Dionisio, á las acciones y al Banco, deducid.

—Couture, ¡una corona! — dijo Blondet poniéndole una servilleta enrollada en la cabeza. — Yo voy más lejos, señores. Si hay algún vicio en la teoría actual, ¿de quién es la culpa? de las leyes, de esos grandes hombres que nos envían las provincias con plétora de ideas morales, ideas indispensables en el transcurso de la vida, á menos de batirse con la justicia; pero estúpidas desde el momento en que le impiden á un hombre elevarse á la altura en que debe mantenerse el legislador. Aunque las leyes impidan el desarrollo de las pasiones (el juego, la lotería, todo lo que queráis), no las extirparán nunca. Matar las pasiones sería matar la sociedad, la cual, si no las engendra, al menos las desarrolla. Así por ejemplo, ponéis trabas al deseo de jugar que existe en el fondo de todos los corazones, lo mismo en el de la joven, que en el del provinciano, que en el del diplomático, pues todo el mundo desea una fortuna gratis, y el juego empieza á ejercerse inmediatamente en otras esferas. Suprimís estúpidamente la lotería, y las cocineras no dejan por eso de robar á sus amos, llevando su robo á una caja de ahorros, siendo la postura de doscientos cincuenta francos, en lugar de serlo de dos, pues las acciones industriales y las comanditas se convierten en loterías, en juegos sin tapete. Las casas de juego quedan cerradas, la lotería no existe ya. «¡Hé aquí ya más moral!» gritan los imbéciles, cual si hubiesen sido suprimidos los riesgos. Sin embargo, se sigue jugando, únicamente que el beneficio no va á parar al Estado, el cual reemplaza un impuesto odioso, sin disminuir los suicidios. No os hablo de los capitales perdidos en el extranjero por Francia, ni de las loterías de Francfort, contra cuya venta dictó la Convención la pena de muerte. Hé aquí el sentido de la necia filantropía de nuestro legislador. El aliento y empuje dado á las cajas de ahorro es una gran necedad polí-

tica. Suponed una inquietud cualquiera en la marcha de los negocios, y el gobierno habrá creado la *cola del dinero*, como se creó en la revolución la *cola del pan*. Cada caja es una sedición. Si tres pilluelos enarbolan en la esquina de una calle una sola bandera, ya tenemos una revolución. Pero por grande que sea este peligro, me parece menos temible que el de la desmoralización del pueblo. Una caja de ahorro es la inoculación de los vicios engendrados por el interés á gentes que no son retenidas por la educación ni por los razonamientos en sus combinaciones tácitamente criminales. Y hé aquí los efectos de la filantropía. Un gran político debe ser un bandido abstracto, sin lo cual las sociedades van mal dirigidas. Un político honrado es una máquina de vapor que tuviese sentido ó un piloto que hiciese el amor teniendo el timón. Un ministro que roba cien millones y que hace á Francia grande y gloriosa, ¿no es preferible á un ministro enterrado á expensas del Estado, pero que ha arruinado á su país? Entre Richelieu, Mazarino, Potemkin, dueños cada uno en su época respectiva de trescientos millones, y el virtuoso Roberto Lindet, que no supo sacar partido de las contribuciones ni de los bienes nacionales, ó los virtuosos imbéciles que perdieron á Luis XVI, ¿tubearíais? Sigue adelante, Bixiou.

—No he de explicaros — repuso Bixiou, — la naturaleza de la empresa inventada por el genio financiero de Nucingen, lo cual sería tanto más inconveniente, cuanto que existen aún hoy y sus acciones se cotizan en la Bolsa; las combinaciones eran tan reales y el objeto de la empresa tan positivo, que creadas con un valor nominal de mil francos, bajaron hasta trescientos, volvieron á subir á setecientos y hoy están á la par, después de haber sorteado las tormentas de los años 27, 30 y 32. La crisis financiera de 1827 las hizo bajar, la revolución de Julio las aplastó; pero el negocio tiene en el fondo realidades. Nucingen no podía montar nunca un mal negocio. En fin, comoquiera que varias casas de banca de primer orden han participado de este negocio, no sería parlamentario entrar en más detalles. El capital nominal fué de diez millones, capital real siete; tres millones pertenecían á los fundadores y á los banqueros encargados de la emisión de las acciones. Quedó todo calculado para lograr que ganase trescientos francos cada acción durante los seis primeros meses mediante la distribución de un falso dividendo.

Hé aquí, pues, el veinte por ciento de diez millones. El interés de Tillet fué de quinientos mil francos. Nucingen se proponía operar con sus millones hechos con una mano de papel de color rosa y una piedra litográfica. Las acciones reales iban á servir para fundar el negocio, comprar un magnífico palacio y comenzar las operaciones. Nucingen tenía aún acciones en no se qué minas de plomo argentífero, en minas de hulla y en dos canales, acciones beneficiarias concedidas por la creación de estas cuatro empresas en plena actividad superiormente montadas y en favor. Nucingen podía contar con un *agio* si las acciones subían, pero el barón lo descuidó por cálculo dejándolo á flor de agua á fin de atraer peces gordos. Había amontonado, pues, sus valores, como Napoleón reunía á sus tropas, á fin de liquidar durante la crisis que se dibujaba y que causó una revolución en las plazas europeas los años 26 y 27. Si hubiese tenido su príncipe de Wagram, habría podido decir como Napoleón desde lo alto del Santón: «Examinad bien la plaza tal día y tal hora, y hallaréis fondos esparcidos». Pero ¿en quién podía confiar? Tillet no sospechó siquiera su compadrazgo involuntario. Las dos primeras liquidaciones habían demostrado á nuestro poderoso barón la necesidad de procurarse un hombre que pudiese servir de pistón para obrar sobre el acreedor. Nucingen no tenía ningún sobrino, no se atrevía á tomar un confidente y necesitaba un hombre adicto, un Claparón inteligente dotado de buenos modales, un verdadero diplomático, un hombre digno de ser ministro y digno de él. Semejantes relaciones de amistad no se forman en un día ni en un año. Por aquella época Rastignac había sido bien camelado por el barón, y al igual que el príncipe de la Paz, que era tan amado por el rey como por la reina de España, creía haber conquistado en Nucingen un magnífico primo. Después de haberse reído de un hombre cuyo alcance desconoció mucho tiempo, había acabado por rendirle un culto grave y serio, reconociendo en él la fuerza que creía poseer sólo. Desde su llegada á París, Rastignac se sintió inclinado á despreciar la sociedad entera. Desde 1820, pensaba, como el barón, que sólo hay apariencias de hombre honrado y consideraba el mundo como la reunión de todas las corrupciones y de todas las bribonadas. Si admitía excepciones, en cambio condenaba á la masa: no creía en ninguna virtud y sí únicamente en circunstancias en que el hombre es

virtuoso. Esta ciencia fué adquisición de un momento: la aprendió en la cima del Père-Lachaise, el día en que acompañaba á la última morada á un pobre hombre honrado, el padre de su Delfina, que murió víctima de nuestra sociedad y de los sentimientos más verdaderos, y que se vió abandonado por sus hijas y por sus yernos. Allí resolvió burlarse de todo el mundo, procurando tener únicamente apariencias de virtud y de caridad. El egoísmo armó de pies á cabeza á este joven noble. Cuando Nucingen encontró al mocito provisto de la misma armadura, lo estimó como estimaba en la Edad Media un caballero en un torneo á otro provisto de armas iguales á las suyas. Pero se entregó á la molicie durante algún tiempo en las delicias de Capua. La amistad de una mujer como la baronesa de Nucingen es de indole capaz de hacerle abjurar de todo egoísmo. Después de haber sido engañada una vez en sus afectos por un hombre de hielo como lo era el difunto de Marsay, Delfina debió sentir un afecto sin límites por un joven lleno de los entusiasmos provincianos. Esta ternura ejerció cierta influencia sobre Rastignac. Cuando Nucingen hubo colocado al amigo de su mujer el arnés que todo explotador coloca á su explotado, lo que ocurrió precisamente en el momento en que meditaba su tercera liquidación, le confió su situación y le mostró como una obligación de su intimidad y como una reparación, el que desempeñara el papel de hombre de confianza. El barón juzgó peligroso iniciar en su plan á su colaborador conyugal. Rastignac creyó en una desgracia, y el barón le dijo creer que salvaba la casa. Pero cuando una madeja tiene tantos hilos, siempre se hacen nudos, y Rastignac tembló por la fortuna de Delfina: estipuló la independencia de la baronesa, exigiendo una separación de bienes y jurándose á sí mismo saldar su cuenta con ella, triplicándole su fortuna. Como Eugenio no hablaba de sí mismo, Nucingen le suplicó que aceptase veinticinco acciones de mil francos cada una en las minas de plomo argentífero, á lo que Rastignac se avino por no ofenderle. Nucingen había instruído á Rastignac la víspera de la noche en que nuestro amigo decía á Malvina que se casase. Al ver cien familias felices que iban y venían por París tranquilas acerca de su fortuna, como los Godofredo de Beaudenord, los Aldriger, los Aiglemont, etc., Rastignac sintió un estremecimiento como el general joven que contempla por primera vez un ejército antes

de la batalla. La pobre Isaura y Godofredo, haciéndose el amor, no representaban á Acis y Galatea debajo de la roca que el gran Polifemo iba á hacer caer sobre ellos?

—Este mono de Bixiou, casi tiene talento—dijo Blondet.

—¡Ah! ¿de modo que no imito el estilo de Maribaud?—dijo Bixiou gozando de su éxito y contemplando á sus sorprendidos auditores. — Hacía dos meses que Godofredo se entregaba á todos esos goces del hombre que se casa — repuso después de esta interrupción. — El hombre se parece entonces á esos pájaros que van y vienen recogiendo briznas de paja para hacer sus nidos en la primavera, llevándolas en el pico y vigilando constantemente el lugar en que yacen sus huevos. El futuro de Isaura había alquilado en la calle de la Plancha una casita de mil escudos de alquiler, cómoda, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, é iba todas las mañanas á ver como trabajaban los obreros y como marchaban los trabajos. Había introducido en ella el *confort*, única cosa buena que hay en Inglaterra: calorífero para mantener una temperatura igual en la casa, mobiliario bien escogido, ni demasiado brillante, ni demasiado elegante; colores frescos y gratos á la mirada, servicios de plata, coches nuevos, y había hecho arreglar las cuadras y las cocheras en que Toby, Joby, Paddy se revolvió como una marmota despierta, satisfecho al parecer ante la perspectiva de que iba á haber en casa mujeres y una lady. Esta pasión del hombre que se dispone á establecerse, que escoge relojes, que va á casa de su futura con los bolsillos llenos de muestras de telas para consultarla acerca del mobiliario del dormitorio, y que corre, salta y brinca animado por el amor, es una de las cosas que regocijan más á un corazón honrado y sobre todo á los comerciantes. Como no hay nada en el mundo que agrade más que el matrimonio de un guapo joven de veintisiete años con una linda muchacha de veinte que baila bien, Godofredo, preocupado con la idea del ajuar, invitó á Rastignac y á la señora de Nucingen á almorzar para consultarles acerca de este importante punto. Tuvo la excelente idea de convidar también á su primo de Aiglemont y á su mujer, así como á la señora de Serisy. A las mujeres del mundo les gusta bastante explayarse una vez por casualidad en casa de los solteros, almorzando con ellos. Tenían que ir á ver á la calle de la Plancha la casita de los futuros esposos. Las mujeres son para esas pequeñas expediciones como

los ogros para la carne fresca, pues refrescan sus recuerdos de goces pasados. La mesa fué puesta en el saloncito que había sido preparado de antemano para celebrar la despedida de la vida de soltero. El almuerzo fué encargado de manera que constase de esos platos que tanto les gusta á las mujeres por la mañana, hora en que sienten un apetito atroz; aunque no quieren confesarlo porque les parece que se comprometen diciendo: «Tengo hambre.»—«¿Cómo viene solo?» dijo Godofredo á Rastignac al verle entrar.—«La señora de Nucingen está triste; ya te contaré luego por qué.» respondió Rastignac, que tenía aspecto de hombre contrariado.—«¿Morros?» respondió Godofredo.—«No», contestó Rastignac. A las cuatro, las mujeres se fueron al bosque de Bolonia; Rastignac quedó solo, y entonces miró melancólicamente por la ventana á Toby, Joby, Paddy que se mantenía audazmente ante el caballo enganchado al tílburí, con los brazos cruzados como Napoleón. «Bueno, ¿qué tienes, querido mío?»—dijo Godofredo á Rastignac;—veo que estás sombrío é inquieto y que tu alegría no es franca. La dicha incompleta te mortifica. En efecto, es muy triste no estar casado con la mujer á quien se ama.» «Querido mío, ¿tienes valor para oír lo que tengo que decirte y sabrás comprender hasta qué punto es preciso querer á una persona para cometer la indiscreción de que yo voy á hacerme culpable?»—dijo Rastignac, con ese tono que parece un latigazo.—«¿Qué?»—dijo Godofredo palideciendo. «Me entristece tu alegría, y al ver tus preparativos, no tengo valor para guardar semejante secreto.» «Cuéntamelo todo en tres palabras.» «Júrame por tu honor que serás mudo como una tumba.» «Como una tumba.» «Que si algún semejante tuyo estuviese interesado en este secreto, no lo sabrá.» «Te lo juro.» «Pues bien, sabe que Nucingen se ha ido esta noche á Bruselas para declararse en quiebra si no puede liquidar, y que Delfina ha pedido hoy ante la audiencia la separación de bienes; aun puedes salvar tu fortuna.» «¿Cómo?» dijo Godofredo sintiendo que la sangre se le helaba en las venas. «Escribele sencillamente al barón de Nucingen una carta con fecha atrasada de quince días, dándole orden para que emplee tus fondos en acciones. (Y le nombró la sociedad Claparón). Tienes quince días, un mes, tal vez tres meses, para venderlas con ganancia.» «¿Y Aiglemont que almorzaba con nosotros, Aiglemont que tiene un millón en

casa de Nucingen!» «Escúchame: yo no sé si hay acciones bastantes para cubrirle, y por otra parte, no soy amigo suyo, no puedo descubrir los secretos de Nucinger y tú no puedes hablarle. Si dices una palabra, me respondes de las consecuencias.» Godofredo permaneció durante diez minutos en la más perfecta inmovilidad. «Aceptas, ¿sí ó no?» le dijo implacablemente Rastignac.—Godofredo tomó una pluma y escribió y firmó la carta que le dictaba su amigo. «¡Pobre primo mío!» exclamó Godofredo. «Cada uno mira por sí,» dijo Rastignac. «Ya tenemos á uno enganchado», añadió al dejar á Godofredo. Mientras que Rastignac maniobraba en París, he aquí el aspecto que ofrecía la Bolsa. Yo tengo un amigo provinciano, un estúpido que pasando por la Bolsa entre cuatro y cinco de la tarde, me preguntaba la causa de aquella reunión de charlatanes que van y vienen, lo que pueden decirse y el por qué se pasean después de la irrevocable fijación del curso de los efectos públicos. «Amigo mío, le dije, han comido y están digiriendo. Durante la digestión bailan cancanes sobre el vecino, sin lo cual no habría seguridad comercial en París. Allí se lanzan los negocios, y hay hombre, por ejemplo como Palma, cuya autoridad es semejante á la de Arago en la Academia real de ciencias. Dice que la especulación se haga, y la especulación queda hecha.»

—Señores,—dijo Blondet,—qué hombre ese judío que posee una instrucción, no universitaria, sino universal. En él la universalidad no excluye la profundidad, lo que sabe lo sabe á fondo: es el contador de los cancerberos de la plaza de París, y que sólo hacen un negocio cuando Palma lo ha examinado. Es grave, escucha, estudia, reflexiona y le dice á su interlocutor: «Esto no va bien.» Lo que más me extraña, es que habiendo sido diez años socio de Werbrust, no hayan reñido nunca.

—Eso sólo ocurre entre gentes muy fuertes ó muy débiles, las cuales, como lo discuten todo, no tardan en separarse enemigos—dijo Couture.

—Ya comprenderéis que Nucingen había lanzado con mano hábil sobre las columnas de la Bolsa un pequeño obús que estalló á las cuatro—dijo Bixiou. ¿Saben ustedes una noticia grave? dijo Tillet á Werbrust llevándolo á un rincón. Nucingen está en Bruselas y su mujer ha presentado una demanda pidiendo la separación de bienes.» «¿Es usted su compadre para una liquidación?» le dijo Werbrust sonriéndose.

«No hagamos tonterías, Werbrust, dijo Tillet; usted conoce á los que tienen papel suyo: escúcheme, podemos hacer un negocio. Las acciones de nuestra nueva sociedad ganan el veinte por ciento, ganarán el veinticinco á fin de este trimestre, como usted sabe, y se repartirán magnífico dividendo.»

«¡Pillín! dijo Werbrust, siga usted, siga usted; es usted un diablo que tiene las garras largas y puntiagudas y que siempre saca tajada.» «Pero déjeme usted hablarle, ó de lo contrario no tendremos tiempo para operar. Acabo de encontrar una idea al saber la noticia, y he visto llorando á la señora de Nucingen, que teme por su fortuna.» «¡Pobrecilla! dijo Werbrust, con aire irónico. Bueno, ¿qué hay?» repuso el antiguo judío de Alsacia, interrumpiendo á Tillet, que se callaba. «Hay en mi casa mil acciones de mil francos que Nucingen me ha entregado para que les dé salida, ¿comprende usted?» «Sí.» «Si nosotros compramos á diez ó al veinte por ciento de rebaja papel de la casa Nucingen por un millón, ganaremos una hermosa prima, porque seremos acreedores y deudores. La confusión reinará, pero obremos con cautela, porque podrían creer que trabajamos por cuenta de Nucingen.» Werbrust, comprendió entonces la jugada y le estrechó la mano á Tillet con agradecimiento. «¿Saben ustedes la noticia? les dijo Martín Falleix, la casa Nucingen suspende pagos.» «¡Bah! respondió Werbrust, no extienda usted esa noticia y deje que hagan su negocio las gentes que tienen papel.» «¿Saben ustedes la causa del desastre?» dijo Claparon interviniendo. «Tú no sabes nada—dijo Tillet; no ocurrirá nada y se pagará íntegramente. Nucingen reanudará los negocios y encontrará en mi casa cuanto dinero necesite. Nucingen ha dispuesto de todo su capital en favor de Méjico, que le envía metales, cañones españoles, campanas, objetos de plata de iglesia y todas las demoliciones de la monarquía de España en las Indias. La vuelta de esos valores se ha retrasado un poco y el barón se encuentra apurado, eso es todo.» «Es verdad, dijo Werbrust, yo tomo papel suyo al veinte por ciento de descuento.» Esta nueva circuló con la rapidez del rayo. Se decían las cosas más contradictorias, pero había tal confianza en la casa Nucingen á causa de las dos liquidaciones precedentes, que todo el mundo conservaba su papel. «Es preciso que Palma nos ayude un poco», dijo Werbrust. Palma era el oráculo de los Keller, que estaban cargados de valores de

Nucingen. Una palabra de alarma dicha por él, bastaba. Werbrust logró que Palma diese una campanada. Al día siguiente, la alarma reinaba en la Bolsa. Los Keller, aconsejados por Palma, cedieron sus valores al diez por ciento de rebaja, y como eran muy astutos, su opinión imperó en la Bolsa. Entonces, Taillefer cedía trescientos mil francos con el veinte por ciento de rebaja y Martín Falleix con el quince por ciento. Gigonnet adivinó la jugada y entonces procuró aumentar el pánico á fin de procurarse papel Nucingen para ganar un dos ó un tres por ciento, deduciéndoselo á Werbrust. En esto vió en un rincón de la Bolsa al pobre Matifat, que tenía trescientos mil francos en papel Nucingen. El droguero, más bien lívido que pálido, no vió sin temblar que se encaminaba hacia él el terrible Gigonnet, el prestamista de su antiguo barrio. «Pobre Matifat, esto va mal; la crisis desputa y Nucingen quebrará. Pero á usted no le importa, porque está retirado de los negocios.» «Se equivoca usted, Gigonnet; me cogen trescientos mil francos: que quiera emplear en las rentas de España.» «Están salvados. Las rentas de España se lo hubiesen llevado todo, mientras que yo le daré algo así como un cincuenta por ciento por su cuenta en casa de Nucingen.» «Prefiero esperar la liquidación, respondió Matifat, porque nunca ha habido banquero que diese menos de un cincuenta por ciento. Si no se tratara más que de un diez por ciento de pérdida...» «¿Quiere usted á quince?» dijo Gigonnet. «Me parece que tiene usted mucha prisa,» le respondió Matifat. «Buenas tardes» dijo Gigonnet. «¿Quiere usted á doce?» «Hecho,» dijo Gigonnet. Aquella noche Tillet llevó á casa de Nucingen tres millones por cuenta de aquellos tres asociados fortuitos, que percibieron al día siguiente su prima. La vieja, bonita y pequeña baronesa de Aldriger, almorzaba con sus dos hijas y con Godofredo cuando Rastignac se presentó, entablando conversación acerca de la crisis financiera. El barón de Nucingen sentía un vivo afecto por la familia Aldriger, y en caso de desgracia, se había arreglado para asegurar el capital de la baronesa con sus mejores valores, que eran acciones de las minas de plomo argentífero; pero para seguridad de la baronesa, debía rogarle que emplease de este modo sus fondos. «Pero ¿qué le pasa á ese pobre Nucingen? dijo la baronesa. «Está en Bélgica, y su mujer exige una separación de bienes y ha ido á buscar fondos á casa de unos

banqueros.» «Dios mío, eso me recuerda á mi pobre marido. Mi querido señor Rastignac, ¡cuánto debe usted sentir la desgracia de esa casa.» «Con tal que los indiferentes estén al abrigo, como es hombre hábil ya saldrá del paso, recompensando después á sus amigos.» «Es hombre hábil y sobre todo honrado,» dijo la baronesa. Al cabo de un mes, la liquidación del pasivo de la casa Nucingen estaba operada sin más requisitos que las cartas en que cada uno le pedía el empleo de su dinero en valores determinados y sin más formalidades por parte de las casas de banca que la entrega de los valores Nucingen en cambio de las acciones que iban adquiriendo más valor. Mientras que Tillet, Werbrust, Claparon y algunos otros que se creían muy astutos, hacían venir del extranjero con un uno por ciento de prima el papel de la casa Nucingen, pues aun ganaban cambiándolo por otras acciones que subían, el rumor era tanto mayor en la plaza de París cuanto que nadie tenía nada que temer. Se charlaba acerca de Nucingen, se le juzgaba y se encontraba medio de calumniarle. Su lujo, sus empresas. Cuando un hombre hace lo que él, tiene que hundirse. En lo más fuerte de este clamoreo, algunas personas quedaron asombradas al recibir cartas de Génova, de Milán, de Nápoles, de Ginebra, de Marsella y de Londres, en las que sus correspondientes les decían sin asombro que les ofrecían el uno por ciento de prima por el papel Nucingen, á quien ellos creían quebrado. «Alguna cosa pasa,» dijeron los cancerberos.—El tribunal había dictado sentencia de separación de bienes entre Nucingen y su mujer. La cuestión se complica aun más. Los periódicos anunciaron la vuelta del barón de Nucingen, el cual había ido á Bélgica á entenderse con un industrial para la explotación de las minas de carbón de piedra. El barón volvió á presentarse en la Bolsa sin tomarse siquiera el trabajo de desmentir los rumores calumniosos que habían circulado acerca de su casa, y compró por dos millones un magnífico palacio á las puertas de París. Seis semanas después, un periódico de Burdeos anunció la entrada de dos buques cargados por cuenta de la casa Nucingen de metales, cuyo valor era de siete millones. Palma, Werbrust y Tillet, comprendieron que la jugada estaba hecha, pero fueron los únicos en comprenderla. Estos discípulos estudiaron la combinación, reconocieron que estaba preparada hacía once meses y proclamaron á Nucingen

el mejor financiero europeo. Rastignac no comprendió nada, pero había ganado cuatrocientos mil francos que Nucingen le había procurado, con los cuales dotó á sus dos hermanas. Aiglemont, advertido por su primo Beaudenord, había ido á ofrecer á Rastignac un diez por ciento de su millón si lo graba emplearlo en acciones de un canal que aun está por hacer, pues Nucingen ha embrollado tan bién al gobierno en este asunto, que los concesionarios del canal tienen interés en no acabarlo. Carlos Grondet imploró al amante de Delfina que le cambiase dinero por acciones. En fin, Rastignac representó durante diez días el papel de Law, y hoy el mocito tiene cuarenta mil francos de renta, cuyo origen proviene de las acciones de las minas de plomo argentífero.

—Si todo el mundo ganó, ¿quién fué el que perdió?— dijo Finot.

—Conclusión — repuso Bixiou.—Cebados por el pseudo dividendo que recibieron algunos meses después de cambiar su dinero por acciones, el marqués de Aiglemont y Beaudenord (y quien dice éstos dice todos los demás), conservaron las acciones, pues les sacaban un tres por ciento más á su capital y contaron alabanzas de Nucingen defendiéndole en el momento mismo en que se sospechaba que pudiese suspender pagos. Godofredo se casó con su querida Isaura y recibió cien mil francos más en acciones de las minas. Con motivo de este matrimonio, los Nucingen dieron un baile cuya magnificencia excedió á toda ponderación. Delfina regaló á la recién casada un encantador aderezo de rubies. Isaura bailó, no ya como soltera, sino como mujer feliz. La baronesa siguió siendo más que nunca una pastora de los Alpes, y Malvina oyó en aquel baile, por boca de Tillet, el consejo de que se casase con Desroches. Este, animado por los Nucingen y por Rastignac, aborció la cuestión de intereses, y tan pronto como oyó hablar de acciones de las minas como dote, rompió y se volvió hacia los Matifat. En la calle de Cherche-Midi el procurador encontró las condenadas acciones de los canales que Gigonnet había endosado á Matifat en lugar de darle dinero. ¿Ves á Desroches encontrando el rostro de Nucingen en los dos dotes que él había ambicionado? Las catástrofes no se hicieron esperar. La sociedad Claparon hizo demasiados negocios, tuvo un empacho, y cesó de pagar intereses y de dar dividendos, aunque sus operaciones fuesen excelentes. Esta desgracia

se combinó con los acontecimientos de 1827. En 1829, Claparon era demasiado conocido para ser el testaferrero de aquellos dos colosos y rodó de su pedestal á tierra. De mil doscientos francos, las acciones bajaron á cuatrocientos, aun cuando valían intrínsecamente seiscientos. Nucingen, que conocía su valor intrínseco, volvió á comprar. La baronesita de Aldriger había vendido sus acciones de las minas, que no daban nada, y Godofredo vendió las de su mujer por la misma razón. Imitando á la baronesa, Beaudenord había cambiado sus acciones de las minas por acciones de la sociedad Claparon, y sus deudas le obligaron á venderlas en plena baja. De los que les representaba setecientos mil francos, sólo obtuvieron ciento treinta mil; pagaron sus deudas, y el resto fué colocado de modo que reportaba el tres por ciento. Godofredo, que era tan feliz de soltero, sin preocupaciones y sin más penas que el vivir, se encontró cargado de una mujer estúpida é incapaz de soportar el infortunio, y, además, con una suegra que sólo pensaba en componerse. Las dos familias se han reunido para poder vivir. Godofredo se vió obligado á remover toda su influencia para obtener una plaza de mil escudos en el ministerio de Hacienda. Los amigos y los parientes, asombrados, lo compadecían, y le prometían protegerle, pero al cuarto de hora le olvidaban. Beaudenord debió su colocación á la influencia de Nucingen y de Vandenesse, y esta familia, tan estimada y tan desgraciada, vive hoy en la calle de Montabor, en un tercer piso. La perla de los Adolphus, Malvina, no posee nada, y da lecciones de piano para no ser una carga para su cuñado. Negra, alta, seca y consumida, parece una momia ambulante. En 1830, Beaudenord quedó cesante y su mujer le dió el cuarto hijo. Ocho de familia y dos criados (Wirth y su mujer), y por todo recurso ocho mil francos de renta. Las minas dan hoy dividendos tan considerables, que la acción de mil francos da mil francos de renta. Rastignac y la señora Nucingen compraron las acciones que vendieron Godofredo y la baronesa. Cuando la revolución de Julio, Nucingen fué nombrado par de Francia y gran oficial de la Legión de honor. Aunque no ha liquidado desde 1830, se asegura que tiene de diez y seis á diez y ocho millones de fortuna. Seguro de las ordenanzas de Julio, vendió todos sus fondos y compró atrevidamente cuando el tres por ciento estuvo

á cuarenta y cinco; hizo creer en palacio que hacía un sacrificio, y de acuerdo con Tillet, en aquella época le arrancó tres millones á aquel pillastre de Felipe Bridau. Ultimamente, pasando por la calle de Rívoli para ir al Bosque de Bolonia, el barón vió debajo de los pórticos á la baronesa de Aldriger. La viejecita llevaba una capota verde forrada de color rosa, una bata con flores y una mantilla; en fin, seguía siendo más que nunca una pastora de los Alpes, pues no comprendió las causas de su desgracia, como tampoco las de su opulencia. Iba apoyada en la pobre Malvina, que parecía ser la madre, mientras la baronesa parecía ser la joven. «He ahí unas gentes cuya *fortuna* no he podido *lograr* nunca. La borrasca política ha pasado, á *beg* si coloca usted á ese pobre *Beaudenord*»—dijo el barón al señor Coindet, ministro con quien iba de paseo.

Beaudenord ha vuelto á entrar en Hacienda gracias á la influencia de Nucingen, á quien los Aldriger alaban y presentan como modelo de amistad por el solo hecho de que sigue invitando á sus bailes á la baronesa y á sus dos hijas. Es imposible que nadie en el mundo pueda demostrar que ese hombre ha intentado tres veces robar al público, á quien ha enriquecido á pesar suyo. Nadie puede hacerle un reproche. El que dijese que la alta banca es á veces una encrucijada, cometería la más insignificante calumnia. Si los efectos suben y bajan, si los valores cambian de precio, ese flujo y reflujo es producido á su juicio por un movimiento mutuo, atmosférico, relacionado con la influencia de la luna, y el gran Arago es culpable de no dar ninguna teoría científica acerca de ese importante fenómeno. Resulta únicamente de esto una verdad pecuniaria que yo no he visto escrita en ninguna parte.

—¿Cuál?

—El deudor es más fuerte que el acreedor.

—¡Oh! dijo Blondet—yo veo en lo que hemos dicho la perifrasis de una frase de Montesquieu, en la que ha concentrado el espíritu de las leyes.

—¿Qué? dijo Finot.

—Las leyes son arañas fatales para las moscas pequeñas y completamente inofensivas para las grandes.

—¿A dónde quieres ir á parar con eso?—dijo Finot á Blondet.

—Al gobierno absoluto, al único en que las empresas del



talento contra la ley pueden ser reprimidas. Sí, lo arbitrario salva á los pueblos acudiendo en auxilio de la justicia, pues el derecho de gracia no tiene reverso; el rey, que puede indultar al quebrado fraudulento, no devuelve nada á la víctima despojada. La legalidad mata á la sociedad moderna.

—Hazles comprender eso á los electores—dijo Bixiou.

—Ya hay alguien que se ha encargado de ello.

—¿Quién?

—El tiempo. Como ha dicho el Obispo de León, si la libertad es antigua, la dignidad real es eterna: toda nación sana de espíritu ha de volver á ella bajo una forma ú otra.

—¡Toma! había gente ahí al lado—dijo Finot, al vernos salir.

—Siempre hay gente al lado—respondió Bixiou, que debía estar borracho.

Paris, 15 de noviembre 1837



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LOS SECRETOS

DE LA

# PRINCESA DE CADIÑÁN

Á Teófilo Gautier.

Después de los desastres de la revolución de julio, que destruyó varias fortunas aristocráticas sostenidas por la corte, la señora princesa de Cadiñán tuvo la habilidad de achacar á los acontecimientos políticos su ruina completa, debida á sus prodigalidades. El príncipe se había ido de Francia en compañía de la familia real, dejando en París á la princesa, inviolable por el hecho de su ausencia, pues las deudas para cuyo pago no bastaba la venta de las propiedades, sólo pesaban sobre él. Las rentas del mayorazgo habían sido embargadas. En fin los negocios de esta gran familia se hallaban en tan mal estado como los de la rama mayor de los Borbones.

Aquella mujer, tan célebre bajo su primer nombre de duquesa de Maufrigneuse, tomó entonces el sabio partido de vivir en un obscuro retiro y quiso hacerse olvidar. París fué teatro de una serie de acontecimientos tan vertiginosos, que la duquesa de Maufrigneuse no tardó en ser enterrada por la princesa de Cadiñán, pues como el cambio de nombre era desconocido por la mayor parte de los actores sacados á escena por la revolución de julio, pasó á ser una extranjera.

En Francia, el título de duque es máspreciado que todos los demás, sin exceptuar el de príncipe, aunque en tesis he-